

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS

DE LAS BALEARES.

SEGUNDA SERIE.

Esta Asociación no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

EL AÑO NUEVO.

La noche que enlaza el último día de un año con el primero del siguiente, para muchos nada tiene de peculiar ni de exclusivo. Ningún funesto presagio la anuncia, ningún suceso extraordinario la acompaña, ningún fenómeno astronómico la determina. Viene como las demás, silenciosa y triste; envuelve la tierra en sombríos capuces ó tacha la azul esfera de luminosos diamantes, embravece las olas del mar ó riza ligeramente su vasta superficie; deja que soplen los vientos ó broten de preñada nube las lluvias, que caiga como cernida la nieve ó brille magestuoso el disco de la luna. Viste ya de gala ya de luto, mas no para celebrar una fiesta ni para lamentar una desdicha. La naturaleza permanece indiferente á la ley convencional que fijó esta noche no lejos del solsticio del invierno, sin mas razón que la que se tuvo al señalarle el comienzo de la primavera. Cual la muerte de un príncipe se parece á la de sus ínfimos vasallos, así muere el año como muere el día; y en esta noche, serena ó borrascosa, entrégase el hombre á las dulzuras del sueño, como si el despertar no hubiese de imponerle mas obligación que la de cambiar en lo sucesivo el guarismo final de los escritos que suelen llevar una fecha. Y sin embargo, esta noche tiene algo de excepcional que todos comprenden y en que pocos meditan: es como una piedra miliaria en el camino que toda planta huma-

na recorre; es como una viñeta entre dos capítulos, en el libro que escribe la historia para enseñanza de las generaciones venideras.

Para los que han nacido con alas en la fantasía, esta noche no carece de solemnidad ni de grandeza. Las campanadas que la promedian semejan el ruido de una puerta que se cierra para siempre, y de otra que se abre para franquearla á deseados ó imprevistos acontecimientos. El año que acaba de marcharse, cuántas ilusiones se lleva consigo! cuántas decepciones y amarguras deja en cambio! El año que viene, oh! sin duda viene como hijo, mas no como continuador de las obras de su padre; sin duda viene á reparar los males que este ha producido. ¡Cómo redoblan sus latidos los pechos que amilanaba el quebranto! cómo se yerguen las cabezas inclinadas! cómo se avivan los deseos y se reaniman las esperanzas! ¿Quién no tiene preparada una aclamación de júbilo para saludar á la futura dicha, que ha de entrar por aquella puerta ya de par en par abierta? ¿Quién no quisiera estar dotado de los supuestos conocimientos de la astrología judiciaria, para levantar el horóscopo del año nuevo en el instante mismo de su esperado nacimiento?

Y para abrigar risueñas esperanzas y fundarlas en la venida del próximo año, no hay cosa como estar afiliado á los partidos políticos que desheredados del poder luchan tenazmente para recobrarlo. Los que están cegados por el vicio del juego no se cansan de aventu-

rar su dinero en una carta, y se figuran que la fortuna ha de cansarse de serles adversa. La política, que no es bastante atrevida para contar con el día de mañana, cuenta al menos con el año que viene, y confía que este plazo será suficiente para arrollar los obstáculos que encuentra y dominar las resistencias que se le oponen. La idea de un año nuevo ejerce una especie de fascinación sobre ella, y apenas la idea se traduce en hecho, le parece trepar hasta la cumbre del monte Nebo, y divisar desde allí la tierra de promisión por la que tanto ha suspirado. Descubre trescientos sesenta y cinco días escalonados á lo largo hasta el confin del horizonte, y tiene por seguro que uno de ellos ha de ceñirle al fin la corona de su triunfo. Y sin embargo, estas mismas cuentas galanas hace un año ocupaban también su pensamiento, y los últimos trescientos sesenta y cinco días, hundidos ya en la huesa común, no le trajeron mas que un triste desengaño.

Esta observación general no se concreta á ninguna de las parcialidades ni á ninguna de las situaciones políticas, en que suelen encontrarse los países continuamente agitados por el soplo tempestuoso de las ideas revolucionarias. La Providencia divina parece empeñada en hacer comprender al hombre la vanidad de sus fuerzas en que tanto confía, y la experiencia da una lección anual que apenas sirve de enseñanza y casi nunca produce el escarmiento. Y si se quiere un ejemplo palpante que ponga de relieve estas verdades, no se necesita mas que volver los ojos á nuestra pobre España, cubierta de lodo y de ignominia desde que resonó el sarcástico grito de *España con honra*. Pasado el estupor de los primeros momentos, sosegadas algun tanto las convulsiones del cuerpo social que se retorcia como el de un obseso, desvanecido el aturdimiento de las gentes honradas, sorprendidas por aquella feroz algarada de vándalos acaudillados por la deslealtad y el perjurio, todos á una voz se decían que el triunfo de la iniquidad no podia ser mas que efímero, que dentro de un año aquella situación anómala habria concluido. Y recorrió todo su curso el

año, y las esperanzas concebidas no se realizaron, mas tampoco quedaron estinguídas, sino que se aplazaron para el siguiente sin alcanzar por esto mejor resultado. Entretanto los hijos de la revolución, á pesar de sus riñas domésticas, de sus convenios rotos y de sus falsas reconciliaciones, han logrado levantar un edificio de churrigueresca arquitectura, que como la célebre torre de Pisa parece que ha de venirse al suelo cada momento. Día tras día resuenan sus crujidos, día tras día se ensanchan sus grietas, y no llega el día de ver cumplidas sus amenazas. Sus constructores se jactaban de que en el próximo año habria adquirido estabilidad y firmeza, así como sus adversarios aseguraban que en el mismo se habria verificado su hundimiento; y á despecho de los risueños pronósticos de unos y de los reiterados augurios de los otros, el edificio ni se consolida ni se ha desplomado todavía: el edificio se tambalea. Que su ruina es inevitable é inminente, está en la conciencia de todos los que no viven obcecados por la pasión de partido. ¿Será una ráfaga pasajera la que lo derribe? será un huracán horrible y espantoso? caerá hácia la parte del austro ó hácia la parte del aquilon? Esto es lo que la Providencia se ha reservado en sus inexcrutables designios. Estamos presenciando el festín de Baltasar, vemos trazados en la pared caracteres misteriosos; mas ni acertamos á descifrarlos, ni discernimos bien la enseña de los futuros triunfadores.

Y no es en España únicamente donde tantas veces salen fallidos los cálculos de la prudencia humana, y se desvanecen como el humo las esperanzas de los partidos. Las crisis latentes, las situaciones interinas, los sistemas transitorios abundan por todas partes, y los remedios se aplazan y los peligros se conjuran con soluciones inesperadas que están muy lejos de ser definitivas. «Esto no puede durar! así no se puede vivir!» son exclamaciones que se profieren en todos los idiomas y dialectos europeos, y no obstante llega el año nuevo y no trae un cambio mas radical que los traídos por cualquier nuevo día. ¿Cómo es pues que los partidos políticos no se desengañan y

dejan de embriagarse con el pérfido licor de sus acariciadas ilusiones? Es que en la tierra no se pierde la esperanza, como en las tenebrosas regiones descritas por la fantástica pluma de Alighieri. Es que las sociedades modernas se hallan aquejadas de grave dolencia, y los partidos políticos, aparte de sus miras interesadas, de sus funestas ambiciones, de sus descabellados proyectos, se figuran que han de volverlas á un estado de completa salud con sus decantadas recetas. Todos blasonan de curanderos, de poseer el verdadero bálsamo de Fierabrás, de haber confeccionado con sus teorías la panacea universal; y todos contribuyen á empeorar el mal que corroe las entrañas de las sociedades modernas.

Efectivamente las naciones se hallan atacadas de una enfermedad, que no es ligera ni cutánea, ni de aquellas que duran un breve período ó ceden á la virtud de un específico debido á casual descubrimiento. Están enfermas en medio de los esplendores de la civilización, de los milagros de la industria, del atrevido vuelo de las ciencias y de las artes, de la continua aparición de pretenciosas teorías, del crecimiento de la riqueza pública y de la difusión de los goces materiales. Están enfermas como aquellos epilépticos de opulenta cuna, que moran en suntuosos palacios, se rodean de todas las fastuosidades del lujo, disfrutan de todas las comodidades de la vida y se entregan á todo género de placeres; y en medio de ellos les sorprenden nerviosos dolores, ó caen de improviso en repugnantes y horribles convulsiones. Error bastante común es la suposición de que las enfermedades del cuerpo social provienen de los sistemas políticos que predominan, y error no menos craso la de que podrán curarse de raíz con la aplicación de sistemas opuestos. La política no puede tanto: no es que no influya mucho así para el daño como para el remedio; pero el mal es mas profundo. El mal está en que las naciones han abandonado las vías de salud, que les habia señalado aquel que es dueño de la salud de las naciones, como lo es de la salud de los individuos. Padecen porque desoyen las voces del Salvador de los hombres, y

su curación depende de su vuelta franca, decidida y ferviente al cristianismo. Unos han perdido, decimos mal, han rechazado las luces de la fe, ciegos de la peor especie, puesto que no conocen su ceguera y que no pueden menos de tropezar y caer en el hoyo juntamente con los otros ciegos á quienes conducen. Otros conservan en lo íntimo de su corazón el depósito de las santas creencias de sus mayores; pero ¡es tan austera la moral del evangelio! Intrépidos confesarían á Jesucristo delante del verdugo que blandiera el hacha, pero fuera de estas ocasiones supremas ¿á qué chocar de frente con las preocupaciones del mundo? No se avergüenzan del título de católicos; pero, ¿para qué hacer alarde de ideas y sentimientos que se guardan encerrados en el fondo de la conciencia? No titubearían un momento en condenar como abominable la doctrina de la rehabilitación de la carne que proclamaban los sansimonianos; pero... pero... El verdadero año nuevo que ha de traer un cambio favorable para las naciones, será aquel en que los incrédulos vuelvan al redil de Jesucristo, y los demás se sientan perfectamente animados por el espíritu del cristianismo.

T. AGUILÓ.

EL DIA DE REYES.

CUADRO DE COSTUMBRES POPULARES

por Fernan Caballero.

Segunda parte de LA NOCHE DE NAVIDAD.

Los tres Reyes del Oriente
Caminan con agua y frio,
Hasta llegar al portal
A ver al recién nacido.

Los Reyes magos caminan
Guiados por una estrella,
Hasta llegar al portal
Donde hallaron la mas bella.

Seis años habian pasado, y seis años en un niño traen extraordinarias mudanzas. El pobre espósito, que tan feliz amparo halló en casa de Beatriz, se habia hecho un hermoso muchacho, que á la sazón contaba ocho años. Era tan bonito, y habia sido tan bien criado por su madre adoptiva, que era querido de cuantos lo conocian, hasta de la tía Pavona, que aunque no dejaba de regañarle, porque el regaño le era anejo como al suave arroyuelo su murmullo, se mi-

raba en el niño como en un espejo. Cuando Beatriz, gozándose en su obra, le recordaba lo mal que había recibido al pobre niño, la tía Pavona, por no dar su brazo á torcer, contestaba á su ama, que también era medio parienta suya: «¡Sí, sí, cría hijos para el Rey! ¡Sí, sí! ¡Si hay una guerra con el francés, ya verás! Se te han de secar los ojos de llorar. ¡Hijos! ¡hijos! no son mas que pesadumbres!»

La viuda, aunque había llegado á los cuarenta y cuatro años, se mantenía fresca, suave y serena.

El alcalde había aun ensanchado un poco las pretinas de sus calzones; pero por mas que había hecho, no había podido estrechar los lazos que le unian á su parcería, que no quería mas parcería que la del rancho.

La pergamínosa tía Pavona no estaba ni mas vieja, ni mas flaca, ni mas fea; porque desde que tuvo la honra de presentársela, no cabía en estas tres *antigracias* el mas. Tampoco cabía el mas en su amistad con Florin. Seguía esta en su apogeo, dando un mentís á los pesimistas que niegan la constancia en la amistad, y un triunfo á los optimistas que la creen austera y pura por íntima que sea.

Las fechas en que tuvieron lugar los sucesos que vamos refiriendo, son bastante atrasadas para que aun se celebrasen las fiestas religiosas y populares, representando á lo vivo los hechos que solemnizan. No existían por entonces gaceticillos melifluos, de tan delicados órganos auditivos, que las zambombas y panderetas les causasen jaquecas, ni sábanas santas impresas y ambulantes que llevasen por todo el reino tan interesante noticia.

Entonces las zambombas y panderetas, que hoy día atacan los nervios de los gaceticillos, causaban á todos un sentimiento de placer y alegría; entonces éramos todos españoles, práctica y teóricamente; lo éramos de alma y de corazón, de costumbres, gustos y lenguaje; éramos hermanos, y no enemigos; no teníamos mas que una bandera, una fe y una ley. Es cierto que no había *dandys*, *coquetas*, ni la profusión y riqueza de palabras francesas, con las que los periódicos de la capital ostentan su valor y adelantos en lo *fashionable*; pero enseñábamos entonces al mundo á vencer al coloso ante quien Europa doblaba la cerviz, y cada español sabía ser un héroe para defender la independencia, el altar y el trono. Aprendiz ilustrado hay que está persuadido que desde entonces acá hay trecientos años, y que mira al noble vencedor de Bailen como un anacronismo.

El día en que volvemos á anudar nuestra relación, era el de Reyes. Afanábase Beatriz aquella mañana con algunas vecinas en vestir de ángel á Manolito.

Sobre un vestido ceñido al cuerpo, de punto color de carne, le habían puesto una corta túnica blanca con mangas cortas y anchas bordadas de plata, sujeta en los hombros y pecho con broches de piedras. Rodeaba su talle un cinturón de plata. Ceñía su cabeza una corona de rosas; en los pies llevaba unas sandalias con cordones de plata, y en la espalda tenía colocadas alas de brillantes plumas. Cuando estuvo vestido, lo llevó á su madre á la iglesia. Allí se había puesto el misterio al pié del altar: la Virgen y S. José eran dos hermosas efigies, y entre ambos estaba el recién nacido echado sobre paja. A cada lado se colocaba un niño vestido de ángel, de rodillas, con sus manitas cruzadas en señal de adoración. Como para esto se elegían entre los mas bonitos y acomodados que había en el pueblo, uno de ellos había sido Manolito el de Beatriz, que reunía estas circunstancias.

¡Difícil hubiese sido el ver un cuadro vivo mas lindo que el que formaban esos dos niños en adoración ante el Dios de los ángeles! No había ni un corazón frío, ni ojos secos en aquella santa fiesta. Entraron entonces gravemente muchos hombres vestidos de pastores, trayendo sus ofrendas al recién nacido, bailando luego al pié del altar con movimientos lentos y graves, baile que causaba la estraña y ferviente sensación de devoción que causa la bellísima danza de los Seises en la catedral de Sevilla, con su origen tan antiguo, su estabilidad tan respetable. su santa poesía y magnífica sencillez. Toda innovación se estrella contra aquel santo templo, como las olas del mar sobre una roca; el tiempo desgasta sobre ella su diente roedor; la impiedad se replega bajo su altiva cabeza y busca otro campo en que lidiar. ¡Salve, santo templo católico! Consérvete siempre España como su mas preciosa joya, como su mas santo tabernáculo, como el mas grandioso panteón del mas santo de sus reyes.

Siguieron á los pastores los mas pudientes del pueblo vestidos de reyes magos, y montados sobre bien enjaezados caballos y seguidos de su séquito: precedíalos una luciente estrella. Llegado que hubieron á la iglesia, se apearon. El primero que entró, representando un magestuoso anciano con barba y cabello blanco, se arrodilló ante el recién nacido y ofreciéndoselo, le dijo: Os traigo incienso como á Dios. El segundo, que representaba al rey Gaspar, se arrodilló igualmente, y al deponer su ofrenda dijo: Os traigo mirra como á sacerdote. Por último, el rey negro Melchor ofreció oro, diciendo: Os traigo oro como á rey.

Quien durante esta tierna ceremonia hubiese podido distraer su atención del devoto cuadro que hemos descrito, y la hubiese parado en un forastero que se hallaba cerca de una columna, habría notado que aquel hombre fijaba sin cesar á Manolito, ó por mejor decir, á aquel ángel bello que estaba al lado del pesebre tan inmóvil, tan penetrado de la adoración que le inspiraba el misterio, tan embebido en su contemplación, que no parecía sino que era realmente lo que allí representaba. Este hombre tenía muy buena presencia, y manifestaba como unos cincuenta años. Vestía, aunque con mal gusto, bien y aseadamente, y tenía en la recta línea de su espalda y en lo erguido de su cabeza algo que indicaba al militar.

Cuando la función hubo concluido, se preguntaban unos á otros, en los grupos que se formaron en los porches de la iglesia, quién era aquel forastero.

Solo podía contestar á esta pregunta el mesonero, el que lo hizo con la prosopopeya y el aire importante con que lo haría el dueño de Mivarts-hotel en Londres al decir que tal ó cual rey ó prima-donna, emperador ó baritono, Nabab ó desterrado político honraba su establecimiento. Súpose que el forastero era un *teniente capitán* retirado que pensaba descansar sobre sus laureles, aunque todavía por lo visto no había decidido donde asentar sus reales y fijar sus cuarteles de invierno.

Un *teniente capitán* mal vestido y de cincuenta años, en un ejército ó en una capital, no llama mayormente la atención; pero no así en un pueblo del tenor de aquel en que hizo su entrada triunfal el susodicho veterano, en pos de los reyes, en contraposición de la estrella que iba delante; allí un *teniente capitán* llama estraordinariamente la atención, es un personaje muy visible, y si me apurais diré que es una notabilidad.

El militar observaba, haciendo algunas preguntas á los paisanos que se hallaban á su lado, á un grupo de mujeres, entre las cuales estaban Beatriz y la tía Pavona, que se esforzaban en sustraer á Manolito á los cariños de las mujeres y envolverlo en una abrigada manta.

—¡El demonio del *militronche* ese, que no nos quita ojo! dijo una muchacha.

La pobre tía Pavona, que conservaba cierto cariño á la tropa por haber pertenecido á ella sus hijos, volvió la cabeza, miró con sus disparatados ojos al forastero y dijo:

—Pues es un real mozo.

—Un real viejo, replicó la muchacha.

—Calla, pispireta, que los *meletares* no llegan á viejos en su vida de Dios.

—¿Y cómo sabe Vd. que es *meletar* sino trae casaca? ¿Le ha echado á Vd. algún requiebro?

—No me ha dicho ni buenos ojos tienes, cuellisacada.

—¡Ya! al menos que los suyos no estuvieran hueros!

—Se lo conozco en lo guirocho, ¿estás?

—Tía Pavona, si la oye á Vd. Florin, se va á amoscar.

—¡Ay! que nos viene siguiendo, dijo otra.

—Ya, como ha notado que á la tía Pavona le ha engrado por el ojo derecho, que es el que tiene como Dios manda.

—Eso lo llaman los que sirven al rey hacer la *releguardia*.

—Tía Pavona, la decencia manda que le diga Vd. que oque la retirada, estando por medio Florin.

—¿Quereis callaros, cotorras descaradas? exclamó sofocada la tía Pavona. ¡Sobre que las mozuelas hoy día no gastan ni respeto ni recato! Alegrarme había de que el *meletar* os plantase una fresca, que os sacase los colores á la cara, ható de cascabeleras, cabezas de chorlitos sin meollos ni sentido.

—Vaya, déjelas Vd., tía Pavona, dijo la buena Beatriz; los pocos años, señora, los pocos años; alegría y no mas que alegría.

Habían llegado á su calle: las muchachas se fueron á sus casas, y Beatriz entró en la suya con el niño y la tía Pavona; pero ¡cuál no sería la sorpresa de la recatada viuda, cuando vió que en seguimiento suyo se entró marcialmente el militar como Pedro por su casa! Beatriz, que había quitado la manta que envolvía al niño, para desnudarlo, se paró y preguntó al atrevido:

—¿Qué se os ofrece, caballero?

—Señora, respondió este; tan solo, y con licencia de Vd., una pregunta, y me retiro; porque yo no estoy de mas en ninguna parte.

—¿Y cuál es esa pregunta, señor?

—¿Ese niño es vuestro?

No es posible espresar el asombro que se pintó en el semblante de Beatriz al oír aquella inesperada pregunta.

—¿Y con qué derecho, con qué motivo y con qué objeto me haceis tan estraña pregunta? dijo al fin, haciéndose dueña de su conmoción.

—Si me asegurais que es vuestro, toco en retirada, y escusado sería contestar á las preguntas que me haceis; si no fuese el niño hijo vuestro, os las contestaré una por una.

—Es que yo no tengo que dar cuenta á nadie de si ese niño es mi hijo ó no..... y no responderé.

—¡Hola! ¿con qué es un misterio como el Santo?

—No, no es misterio; el niño es mio y muy mio; ya estais contestado.

—¿Y cuál es su padre? puesto que he averiguado que hay doce años que sois viuda?

La pobre Beatriz, viéndose cogida, se quedó tan cortada, que la sangre subió á sus mejillas y las lágrimas á sus ojos.

—Señora, prosiguió el militar con voz conmovida, ese niño lleva un sobrescrito en su cara con el nombre de su madre, y su madre era mi mujer.

—Ni fué madre, ni fué mujer la que abandonó á un hijo suyo, exclamó exaltada Beatriz, y si lo fué, con ese mero hecho dejó de serlo.

—Pero yo soy su padre, y no le abandoné yo, no.

—¿Y qué pruebas dais para justificar lo que decís? Pues qué! ¿no hay mas que venir á arrancar á un hijo de los brazos de la madre que la Providencia le deparó, cuando la suya dejó de serlo renunciando así á todos sus derechos y abandonando sus títulos?

—Las pruebas yo os las daré, señora; contestó el militar sentándose, por que estaba tan conmovido que se sentía vacilar sobre sus piés.

Entonces hizo con grandes pormenores la relacion que en breves palabras transcribimos á continuacion:

Era sargento cuando fué destinado su regimiento á la expedicion de Ultramar, confiada al mando del bizarro general Morillo. Fuéle pues forzoso enviar á su mujer, que era jóven y linda, y á un hijo de dos años que de ella hubo, al pueblo en que esta tenia su familia, en la Mancha. En América se portó nuestro sargento bien; tuvo suerte, ascendió é hizo algun dinero. A su vuelta á España, se apresuró á ir á reunirse con su mujer; pero en su pueblo supo que nunca habia llegado á él, que habia seguido á otro soldado por algun tiempo, y que viéndose abandonada por este, avergonzada y sin atreverse á poner delante de sus honrados padres, se habia echado á la vida airada y que se creia estuviere en Sevilla. El ultrajado marido, el angustiado padre, voló á aquella capital, y despues de minuciosas pesquisas, halló por fin á su mujer espirando ética y llena de lacras en un hospital; pudo aun antes que muriese perdonarla para que no acabase desesperada, y saber lo que habia sido de su hijo. La inieua, cediendo á las sugerencias de su amante, al pasar por aquel pueblo, habia depositado su hijo en una casa, en la que con devocion, paz y alegría de corazon se celebraba la Noche-buena, y donde pensó que hallaria amparo en la caridad de tan buenas almas. El niño llevaba puesto un saquito de color de castaña y un gorrito de punto de lana encarnada.

—Despues de hacerla un buen entierro, pues al fin aquella desdichada era mi mujer, concluyó el militar, me puse temprano esta mañana en camino para venir aquí, donde llegué poco antes de la funcion. Cuando en la iglesia entré, lo primero que ví fué á ese ángel al lado del misterio, y ese niño era el vivo retrato de mi mujer. No parecia sino que allí estuviere con sus manos cruzadas, rogando á Dios por su madre. Ahora bien, señora, ¿reconoceis el derecho, el motivo y el objeto de mi pregunta?

Por toda respuesta, Beatriz estrechaba al niño entre sus brazos, deshecha en lágrimas; el niño, que veia la afliccion de su madre, la abrazaba llorando, formando así aquel grupo el cuadro alegórico mas propio de un ángel, compadeciéndose y consolando al dolor.

—Pues qué! dijo al fin Beatriz sollozando, seis años de cariño, de esmeros, de cuidados y de desvelos ¿no son nada? y acaso ¿no dan derecho á un bien que me dieron sin pedirlo y me quieren arrancar contra mi voluntad? ¿No clama esto al cielo?

—Bien conozco, repuso el militar, los sacrificios que ese hijo mio os habrá costado; los unos no los pudo pagar sino con agradecerlos; los otros... dinero traigo, señora: justo es, y mas que justo os los resarza.

—¿Con dinero me quereis pagar! exclamó indignada la viuda, ¿á mí, que he testado de cuanto tengo en favor de mi hijo adoptivo? Así es que no me lo podeis arrancar sin causarle un gran perjuicio. ¿Dónde, señor, ha de estar el niño como á mi lado?

—Al lado de su padre, señora, que á la fuerza lo há de querer mas.—Ven, hijo mio de toda mi alma, que yo soy tu padre.

El militar quiso coger al niño en sus brazos pero este asustado se asió con fuerza al cuello de su madre.

—Ya lo veis, exclamó esta, ya lo veis que no quiere dejarme.

—Será preciso, repuso el militar exasperado.

—Pues procuradlo por justicia, y pleitearemos, porque solo á la fuerza me lo arrancareis.

—Y ¿qué tribunal no otorga su hijo á un padre que lo reclama?

—El de la conciencia, el de la justicia, señor, que no deben reconocer el derecho que tiene á una cosa aquel que la abandonó y arrojó de sí.

—¿No fui yo, por vida mia!

—El niño estaba á mi puerta arrecido, gimiendo y abandonado.

Mientras esta acalorada y aflictiva contienda tenia lugar, habia llegado Florin, que en el patio absorto la escuchaba con su amiga la tia Pavona.

—Aquí de Salomón, dijo esta al alguacil.

—Tia Pavona, contestó este, siempre sucede así; en aquello que tiene uno puestos los ojos, viene el diablo y se lo lleva: lo propio me sucedió cuando se murió mi mujer.

—¿Toma! y á mi con mis hijos!

Entretanto el militar habia dado unas vueltas por el cuarto. El alejamiento que le habia demostrado su hijo, habia hecho correr por aquellas atezadas mejillas dos lágrimas, quizás las dos únicas que en su vida hubiese vertido; de repente paró delante de la viuda.

—Señora, dijo volviendo á su tono marcial, ni vos quereis soltar al muchacho, ni yo me he de avenir á quedarme sin mi hijo; pues, señora, vamos á parceria, y que sea de los dos; si quiere Vd. al niño por hijo, tome Vd. al padre por marido.

Al oír hablar de marido, la viuda hizo un gesto y una exclamacion de repulsa.

—¿Jesus! ¿Jesus! ¿Casarme! No lo permita Dios.

—Pues venga el niño.

—Dejadme por María Santísima, y vivid la casa de junto.

—¿Pues no! ¿Tendria que ver! ¿De visita vendria yo á ver á mi hijo! ¿de planton á la puerta hasta que me la abriesen! Nada de eso; ó entro yo, ó sale él.

—Pues véngase Vd. á vivir acá, sin que sea preciso por eso casarnos.

—¿Alojado? No, señora, no quiero patrona, que quiero

mujer; y si Vd. no quiere ser la mia, busco otra, y madrastra tendrá el niño.

—¿María Santísima! ¿Ni que Vd. lo piense, mal padre! ¿Hijo de mi alma y de mi corazón!

—Pues sea Vd. su madre con mil de á caballo, ó maldito lo que creo en ese cariño. No le haga V. tanto feo á un marido, señora, que las casadas se van á la gloria por el mismo camino y con la misma mortaja negra que las viudas, porque en cuanto á la palma *volaverunt*.

—Jesus! señor, que me está Vd. poniendo entre la espada y la pared.

—¿Cabales! Así escojed, en la inteligencia que esta espada está bien templada, que nunca NI SE SACÓ SIN RAZON, NI SE GUARDÓ SIN HONOR (1).

—Pero caso que me echase las bendiciones, como tanto me cuesta el dejar el estado honesto, me parece...

—Nada de simulacros, señora, interrumpió el militar. Usted se casa para ser mi mujer y colgar á un clavo su luto de viuda, ó yo me llevo á mi hijo, y hasta del lugar me lo habia de llevar, si no fuese este mi pueblo.

—Pues qué! ¿sois de aquí?

—Sí, señora, aunque falto de mi casa desde treinta y dos años; y despues de hallar á mi hijo, voy en busca de mi madre, que lo que es mi padre ya sé que murió, en gloria esté.

—Pues... ¿cómo se llama Vd?

—Andrés Pavon, para lo que Vd. guste mandar.

—¿Hijo de mi tio el carpintero de basto, Mateo Pavon?

—El mismo, en propia persona.

—¿Tia Pavona! ¿tia Pavona, gritó Beatriz; acuda Vd., que aquí tiene Vd. á su hijo!

La tia Pavona entró, y Beatriz repitió la frase.

—¿Anda á paseo! dijo la tia Pavona. ¿Que habia de ser mi hijo, si entrambos me los mató el francés! ¿Maldito sea!

—Señora, dijo el militar dirigiéndose á su madre: ¡yo soy Andrés, yo soy Andrés!

—Oiga, *militar*, repuso con muy mal gesto la tia Pavona, diviértase su mercé con el rabo de un gato, y no con una mujer *respetuosa*. Sobre que todo lo quiere su merced ser: padre del niño, marido de Beatriz, y por último, hijo mio. ¡Vaya con el guason!

—Pues... dígole á Vd. que estamos bien, exclamó con impaciencia el militar; ni mi hijo me quiere reconocer por padre, ni mi madre por hijo. Señora, Vd. sé llama Andrea; mi padre (E. P. D.) Mateo, mi hermano José, y yo Andrés. Usted siempre fué mas cascarrabietas que un sordo; y mi padre, que era su merced chilindrinerero, le habia sacado una cantinela que le cantaba con su sonsonete, dando con el martillo en el banco:

Andrea.....

Mala ralea,

Muda te vea!

Al oír estas últimas señas mortales, la tia Pavona convencida se echó al cuello de su hijo hecha un mar de lágrimas.

—¿Hijo mio! ¿pues no te mató el francés? repetia entre sollozos.

—Señora, ¿quiere Vd. que le enseñe la fe de vida? Ahí la traigo, que la necesito para cobrar la paga.

(1) Lema de las antiguas espadas hechas en Toledo.

—Pero... ¿cómo escapaste del francés, hijo de mis entrañas?

—Matando al que me quería matar á mí, sin andarme con aquí las puse. Ea, pues, todo está bien y á la trinca; todo me lo hallo en casa, madre, hijo y mujer, porque ha de saber Vd., madre, que me caso con Beatriz, y cate Vd. añadió señalando el niño, el padre cura que nos casa. Bien ve Vd., que en esta casa hacia falta un hijo, un padre y un marido. Todo lo traigo en una pieza, como quien dijera el fusil, la baqueta y la bayoneta. Y sepan Vds. que el que aquí se presenta, tiene bien ganadas y bien adquiridas una charretera, una cruz y cien mil reales.

La tia Pavona se puso á persignarse con ambas manos y á bizquear de los dos ojos.

—¿Con qué, ese niño es hijo tuyo? preguntóle al suyo.

—Y de Vd. nieto en línea recta y legítima, como yo su hijo, respondió el militar, abrazando con entusiasmo al niño que con su vestido de ángel aparecía ahora como el de la paz entre los dos contrincantes.

—¿Qué tal, *Mae Pavona*, dijo Beatriz, si no hubiese yo recogido al niño aquella noche?

¡Ay! contestó la feliz vieja: ¡qué bien te dijeron en aquella ocasion, que *quien bien hace, para sí hace!*

Ni un terremoto hubiese conmovido mas á aquel pacífico pueblo que la cuádruple alianza de noticias, que como un pájaro de ligeras plumas, salió á volar por el lugar.

Primera. Había llegado un *teniente capitán*.

Segunda. Era este el padre del niño de la tia Beatriz.

Tercera. Era igualmente el hijo de la tia Pavona.

Cuarta. Y era además marido para la viuda incasable.

La barriga del alcalde tuvo un movimiento de oscilacion muy marcado. Intentó protestar contra esta toma por asalto de una plaza que él tenia pacíficamente sitiada desde doce años, pero se contuvo pensando que no era ni prudente ni patriótico poner en lucha abierta las pretensiones y derechos civiles con los militares.

Se hizo una boda que fué sonada. En la cena hubo brindis, cantos é improvisaciones.

El barbero compuso un trobo ó romance, en que decia, que si el niño Dios le deparó un niño desnudito y pobre como él á la viuda, los Reyes, por premiarle la buena obra de haberlo recojido, le depararon un marido que traia una gran parte de la plata del Perú, y un corazon abrasado en llamas, como una barrica de alquitran en la noche de San Juan.

Aquella noche la tia Pavona hizo unos pestiños, obra maestra en su género, pero que se le sentaron en la boca del estómago á Florin, que en aquella sola y única ocasion abusó de la condescendencia de la amistad.

El vino puso al teniente capitán muy alegre, y al alcalde muy sentimental.

Cuando le tocó su vez de cantar, rebose su melancolía en esta copla.

Confórmate, corazon,

A padecer y penar,

Pues quisiste á un imposible.

El militar acabó la copla, con una voz como una corneta, con estas palabras:

Que se llevó un militar.

Añadiendo en seguida esta otra:

¡Qué lástima de carita

Que fuese para un paisano,

Pudiéndosela llevar

Un soldado veterano!

—¡Qué demonio de hechizo tiene la gente de tropa, decia, con un suspiro que hizo vacilar la llama del velon, el alcalde á la recién casada viuda, que no hacen mas que llegar y pegar!...

Andrés Pavon que lo oyó, contestó muy pronto con esta copla:

Es táctica y no es hechizo,

Es el saber atacar,

Y aunque manden retirada...

No hacer caso, y avanzar!

La tia Pavona fué tanto lo que gozó aquella noche en ver unidas á las dos personas que mas queria. que se rejuveneció como el Fénix, vivió veinte años mas, y murió há poco de noventa y cuatro años, dejando á Florin veinte duros.

CRÓNICA.

Para dar completa, en cuanto cabe, la serie de alocuciones pronunciadas por su santidad en las audiencias que concede, publicamos aunque con atraso la que dirigió en 10 de noviembre á la congregacion de señoras de san Luis Gonzaga representada por una comision de treinta:

«Recibo con todo mi corazon el testimonio de vuestro amor al vicario de Jesucristo, y me considero dichoso al contemplar vuestra devocion á san Luis Gonzaga á cuya proteccion os habeis acogido. Apruebo tanto mas vuestra devocion cuanto que participo de ella, pues en mi juventud fué uno de mis santos predilectos. Ahora soy ya viejo, pero no por esto olvido el culto del gran santo y hago en su honra lo que puedo.

Esperemos que San Luis hará el milagro á que os habeis referido y que vosotras le pedís, esto es, que obtenga de Dios la paz de la Iglesia y que la preserve de la actual persecucion. Esperemos que hará hoy lo que hizo ya durante su vida. San Luis se hallaba en su convento; como amaba mucho su retiro, oponia dificultades para abandonarlo; pero la caridad le obligó á hacerlo así por algun tiempo. Aunque él era santo, tenia un hermano que no era digno de él, á consecuencia de lo cual estallaron en su casa desavenencias que era necesario acallar. Fué llamado á su casa, y sus superiores le ordenaron ir á ella por algunos dias para que se restableciera la paz. San Luis fué, y despues de haber hecho lo que se esperaba de él, volvió á su monasterio, muriendo poco despues en olor de santidad.

Por esto digo, si san Luis triunfó entonces de las dificultades que se presentaron á su espíritu ante la idea de abandonar su soledad, bien podrá ahora abandonar el cielo momentaneamente y venir en nuestro socorro, pues no puede abrigar el temor de perder nada. La gloria le acompañaria, y no correria tampoco el peligro que entonces temió, de verse espuesto á las seducciones mundanas. Ahora puede bajar del cielo acudiendo en socorro de la Iglesia, trayéndonos la paz que pedimos.

Esperemos que así lo hará, pero no olvidemos nunca el rogarle para que obtenga para nosotros la gracia de terminar nuestra vida como él terminó la suya, y que podamos repetir las palabras que dirigió á las personas que le interrogaron en su lecho de muerte: *Lætantes imus*: nos vamos dichosos. Dicho sublime y digno de Luis! Sabia que tan pronto como abandonase la tierra (este mundo ingrato que un dia abandonaremos nosotros), los ángeles le trasportarian al cielo, donde gozaria de la suprema dicha de la presencia de Dios. Hijas mías, esto es lo que nosotros debemos pedir

ante todo, la gracia de poder decir nosotros también en los últimos momentos de nuestra vida, con plena confianza en las misericordias de Dios: nos vamos al paraíso.

Escuchadme, hijas mías: si ha habido algún tiempo en que nosotros debemos poner toda nuestra esperanza en el paraíso, es la época actual, en donde nada puede ligarnos á la tierra, convertida en espectáculo de horror, de sacrilegio, de robos, de asesinatos, de escándalos de todo género. Sin embargo, es necesario que permanezcamos en esta tierra, en tanto que á Dios plazca así; pero es indispensable combatir los vicios y proteger la virtud á todas horas y en todas partes, sin reposo ni tregua. Encargo muy especialmente á las jóvenes que no olviden nunca esta recomendación. Con mucha frecuencia sucede que una sencilla palabra, pronunciada por una joven buena y candorosa, puede hacer mas bienes que el sermón del mas célebre orador sagrado. Procurad, hijas mías, esparcir el buen ejemplo en torno vuestro: para esto no olvidéis nunca que Dios está presente en todas partes. Santa Teresa decía que es necesario caminar siempre con los ojos fijos en Dios.

Ahora os concedo mi bendición para que Dios os conceda una vida edificante y una muerte dichosa, como la de san Luis. Bendigo vuestras personas, vuestras familias, vuestros directores y todos los objetos de devoción que teneis sobre vosotras.»

En 16 de diciembre recibió en audiencia al comité católico de Lombardía, dedicado á la instrucción de los habitantes del campo. Al discurso leído por el presidente se dignó responder el sumo pontífice:

«Al consagraros á la educación de los pobres habitantes del campo, efectuais una obra verdaderamente católica. Dios bendecirá los esfuerzos destinados á producir un bien inmenso en la sociedad.»

A los redactores de la *Voce della Verità* dirigió uno de estos días las siguientes palabras.

«Si, estoy satisfecho de vosotros: leo muchas veces la *Voce della Verità* y me complace sobremanera. Veo que refutais perfectamente los errores, es decir, los principales, porque para refutarlos todos no bastarian uno ó dos periódicos; á este objeto deberian dedicarse cinco ó seis. Ciertos diarios liberales cubiertos hasta aquí con una máscara de moderación y que han prevaricado llegando á ser impíos y brutales, han hecho mas necesaria esta refutación, sobre todo en lo referente á las corporaciones religiosas. Así alabo vuestro celo por la defensa de la verdad, y deseo que nunca os abandone y que acrezca mas. Os concedo gustosísimo mi especial bendición, á fin de que os anime y os sostenga en vuestros combates. ¡Viva, pues, la *Voce della Verità!*»

El día 19 se presentó al Papa una comisión de la sociedad del dinero de San Pedro, para ofrecerle una suma considerable. Presidíala el príncipe Chigi.

El Papa dijo á los comisionados, entre otras cosas:

«La caridad inagotable del mundo católico permite al Sumo Pontífice sostener las cargas de su posición, y demuestra la protección de Dios en medio de las pruebas pasajeras que la Iglesia sufre.»

Monseñor Strossmayer está en Roma, y ya ha sido recibido por el Papa.

Una agudeza de Pío IX. El conde de Taufkirchen ministro de Baviera, recibido en audiencia por el papa, le cumplimentó por su buena salud, diciéndole:

—Vuestra santidad parece rejuvenecido.

—¿Lo parezco solamente? contestó el papa; os engaños, señor conde. Rejuvenezco efectivamente. ¿Ignorais que acaban de inscribirme en la *Sociedad de la Juventud Católica de Italia?*

Los alemanes católicos de Nueva-Orleans han organizado una manifestación imponente contra la expulsión de los jesuitas en Alemania: 6000 católicos han formado parte del cortejo, que recorrió las calles de la ciudad. Celebróse des-

pues una gran reunión, en la cual se pronunciaron muchos discursos lamentando la conducta del gobierno prusiano. Adoptáronse por unanimidad las conclusiones mas enérgicas y esplicitas, condenando la persecución que pesa sobre los católicos alemanes como indigna de un gobierno civilizado, y declarando arbitrarias, injustas é inicuas las medidas tomadas contra los jesuitas. La reunión rechazó las calumnias lanzadas contra esta congregación religiosa, y declaró indigna del siglo XIX una ley que condena á hombres inofensivos sin prueba alguna, sin juzgarles, sin permitirles la defensa, una ley que lanza un reto á la voluntad claramente manifestada de catorce millones de alemanes, y á pesar de las protestas que han reunido cuatrocientas mil firmas.

En consecuencia los católicos alemanes de Nueva-Orleans han declarado protestar solemnemente contra la línea de conducta seguida por el príncipe de Bismark, cuyas órdenes hallan apoyo en una cámara servil, votando luego felicitaciones á los obispos perseguidos, á los jesuitas y á los defensores de la Iglesia en el parlamento, como que han merecido bien de la patria. Las mas entusiastas y espontáneas aclamaciones acogieron estas declaraciones, y al fin una diputación llevó á la junta la completa y formal adhesión de todos los católicos de Nueva-Orleans, sin distinción de nacionalidades.

Por fin, gracias al celo vivísimo de nuestro venerable prelado y á la cooperación decidida del clero y de personas de todas clases y condiciones, se ha logrado establecer en esta ciudad desde el principio del año el jubileo perpetuo de cuarenta horas, y como es consiguiente, la sociedad de alumbrado y vela al Santísimo Sacramento. La inauguración se ha celebrado del día 1.º al 3 en la catedral con la magestad que realza allí siempre las funciones todas; pero la reserva del último día fué en verdad sorprendente. El vecindario de Palma con su asistencia manifestó asociarse en masa á tan piadosa idea, y acoger en su seno para no dejarla ya morir esta fecunda semilla. Dios la bendice, y vivirá: sirva esta muestra de mayor estímulo á los fervorosos, y de aliento á los tímidos y desconfiados!

CONFERENCIAS DE LA ASOCIACION.

En la asamblea general de la Asociación de Católicos celebrada en Madrid para elegir presidente general en reemplazo del marqués de Viluma (E. P. D.), resultó nombrado el Excmo. Sr. Marqués de Mirabel, vicepresidente de la misma desde su institución, y de cuyas cualidades y experiencia acreditadas durante la larga enfermedad de su dignísimo antecesor nos prometemos una dirección acertadísima.

El día de Reyes, cuarto aniversario de la instalación de nuestra Sociedad en Palma, se solemnizará este año en la iglesia de Sta. Eulalia, para que las parroquias turnen en celebrar las fiestas de una asociación formada de feligreses de todas ellas, con comunión general á las siete y tres cuartos de la mañana, misa mayor á toda orquesta á las diez y media; y sermón por D. Rafael Cabrer, terminando el acto con un *Te-Deum*.—Por la noche en el círculo pronunciará un discurso el Pro. D. Antonio Cladera, y seguirá la representación de varias piezas dramáticas referentes al misterio del día, tocando al principio y en los intermedios escogidas piezas la música.